

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

ILMO. SR. DON FERNANDO DE VILLENA

EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA

Y

CONTESTACIÓN

DEL

ILMO. SR. DON ENRIQUE MARTÍN PARDO

ACTO CELEBRADO EN EL PARANINFO

DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA

EL DÍA 7 DE NOVIEMBRE DE 2005

GRANADA

MMV

Edita: © Academia de Buenas Letras de Granada
academiabuenasletras@hotmail.es
Imprime: La Gráfica S.C.And. - Granada
Depósito Legal: Gr-1.561/2005
I.S.B.N.: 84-933672-7-3

DISCURSO

DEL

ILMO. SR. DON FERNANDO DE VILLENA

Un “Locus Amoenus” granadino:
Valparaíso

Excmo. Sr. Presidente,
Excmos. e Ilmos. Sres. Académicos,
Señoras y Señores:

ENTRE los muchos beneficios que debo al cielo y también a mis padres, no es el menor de ellos el hecho de haber cursado los dos últimos años de mi bachillerato, con esa edad fascinante en que nuestros sentidos se abren codiciosos al mundo, en el colegio del Sacromonte. Allí se despertó mi vocación literaria no sé bien si porque el amable y generoso trato de algunos educadores alentó mis primeros escritos o por la íntima comunión que viví entonces con la Historia, representada por aquella abadía extraordinaria tan llena de catacumbas, de pasadizos, desvanes y rincones misteriosos, y también con la sublime Naturaleza que me rodeaba. De esa Naturaleza, de esa panorámica única que milagrosamente puede gozarse aún desde las placetas sacromontanas, vengo a hablar hoy a todos ustedes.

Granada, hasta los años sesenta del pasado siglo, era una de las ciudades más hermosas del mundo, una ciudad que conservaba su configuración barroca en la llanura y mudéjar en las colinas y que se distinguía de todas las restantes de España por su delicioso maridaje con los jardines; algo semejante a lo que sucede aún entre Venecia y el agua. En aquel tiempo la vega granadina todavía se mostraba ubérrima de huertas y alamedas, aunque los bosques de moreras que dieran vida a los telares nazaríes ya sólo pertenecían al recuerdo. En aquel tiempo aún resultaba posible perderse por las silenciosas espesuras que rodeaban el monasterio de la

Cartuja o realizar una verdadera excursión por las verdes, cuando no doradas, riberas del Genil hasta la fuente de la Bicha... En aquel tiempo subir al tranvía de Huétor-Vega, al de la Zubia, al de Gabia o al de Atarfe, aún tenía algo de aventura por cuanto que significaba cruzar campos y encrucijadas donde de raro en raro fulgía la cal de algún blanco caserío. En aquel tiempo el Albaicín no había malbaratado aún casi ninguno de sus recoletos rincones de sorpresa ni había partido muchos de sus cármenes para la construcción de feos adosados. Tal vez el de la Muralla, donde vivieron los hermanos García Carrillo, aquellos amigos de Lorca, fue el primero en caer. ¡Después..., vinieron tantos otros! En aquel tiempo, finalmente, la Alhambra constituía aún la cátedra donde todos los granadinos, sin distinción de clase social, iban los domingos y festivos a impregnarse de esa enigmática armonía que hace más felices a los humanos. Nada más contrario a esta Alhambra de hoy convertida en un mero negocio con rebaños de turistas, en adulterada gallina de los huevos de oro no tanto para mejora de la ciudad como para lucro de la Junta.

Yo que alcancé a ver aquella Granada y aún la guardo en el corazón, hoy, desde mi terraza en el Realejo alto, no distingo más árboles que los del Campillo, y la ciudad que otrora gozaba la pacífica invasión de los jardines, al presente no conoce más vínculo que el del cemento.

Sin embargo, hay un lugar, una brecha de hermosura a la que todavía no ha alcanzado por completo la degradación. Me refiero a ese Valparaíso o valle del Paraíso que se abre para dar paso al río Dauro entre los montes de Santa Elena y el barrio del Sacromonte y alcanza hasta las ruinas de Jesús

del Valle. ¡Cuántas veces, al regreso de la Fuente del Avellano por ese camino donde hasta el año 2003 no existía señal alguna de la bárbara ignorancia de nuestra época, nos hemos detenido y, acodados al pretil de un bello carmen en el recodo más rotundo, hemos contemplado la mirífica perspectiva de Granada, una perspectiva casi idéntica a la que pudo disfrutar un viajero del siglo XVII, una perspectiva que nos propone un mágico triángulo vuelto del revés cuyos vértices fueran la Alhambra, San Nicolás y la catedral!

Pero no hemos sido los primeros en sentir la fascinación de este valle, antes bien muchos escritores a lo largo de las distintas centurias han loado sus excelencias, ora en verso, ora en prosa.

De quienes poblaron primeramente estas tierras apenas nada sabemos, aunque Justino Antolínez, citando a Rasís, historiador árabe, nos refiere que a nuestra ciudad, en lo antiguo, se la llamó “villa de los judíos”, opinión que también aceptaron Luis de Mármol y Diego Hurtado de Mendoza. Pero de ese pasado remoto e incluso del periodo romano poseemos muy escasas noticias. Aunque eso sí, el mismo Justino Antolínez de Burgos, tan sabio y amante de las antigüedades latinas, afirma en su eruditísima “Historia Eclesiástica” que la zona de Valparaíso donde se hallaron las reliquias sacromontanas debió de pertenecer al municipio de Illípula y no al de Ilíberis, ciudad que ubica en el cerro de los Infantes, no lejos de la actual Pinos-Puente. Pero no vamos a entrar en esa ya vieja polémica en torno al lugar en que se alzó Ilíberis, pues ya ha corrido bastante tinta al respecto y, a nuestro juicio, Eguílaz Yanguas puso el punto final a la misma.

Llegamos, pues, al periodo árabe donde ya sí encontramos menciones muy significativas de este valle de ensueño. Cuenta Francisco Javier Simonet citando al autor del diccionario geográfico “Marasid ithila” que “en el río Calom se recogían granos de oro puro y sobre el cual dentro ya de la ciudad había muchos molinos”. Este nombre de Calom o Salón era el primitivo topónimo con el que se conocía al Darro, un topónimo que viene a verificar la antigua presencia hebrea en la ciudad. El actual nombre de Darro o Dauro pudiera venirle de ese oro que a veces aparecía en sus arenas o de su paso junto a un monte que se llamó Arrayán.

‘Abd Allah, el postrer rey zirí de Granada, en sus hermosísimas memorias, nos refiere que ciertos palacios ubicados sobre este valle, pertenecientes al visir judío Ibn Agrela, tomaron ya el nombre de Alhambra (varios siglos antes de la construcción del monumento que hoy conocemos con tal nombre). Y el propio monarca nos cuenta como allá pensaba refugiarse el visir en caso de necesidad, y también nos narra cómo, años más tarde, en las ruinas de aquel lugar se encontró una orza llena de monedas de oro que sirvieron para alzar toda una muralla.

Aunque no tenemos la certeza de que se refiera a Valparaíso, ya en el siglo XII, el alfaquí granadino Abu Muhammad abd al-Haqq ben Galib ibn Atiyya escribe estos versos: “Una noche crucé el valle, ceñida la espada, arrastrando colas de tinieblas”.

Nada encontramos alusivo a nuestro Valparaíso en el diván de Ibn Al-Yayyab y en cuanto a su discípulo

Mohammed ibn Aljathib, en su libro de bellísimo título “Esplendor de la luna llena acerca del estado Nasarita” nos habla de uno de los ríos de Granada con gran énfasis y muy bellas metáforas (“ceñía –nos dice– el cuello de la ciudad con un precioso collar de perlas...”). Sin embargo, parece más referirse al Genil que al Dauro, como señala Simonet.

Pero llegamos a Ibn Zamrak y el poeta áulico, que no se contenta con la descripción de los jardines y torres de la Alhambra, escribe, según la traducción de Emilio García Gómez:

“Detente en la explanada de la Sabika y mira a tu alrededor:

la ciudad es una dama cuyo marido es el monte.

Está ceñida por el cinturón del río, y las flores
sonríen como alhajas en su garganta...

Mira las arboledas rodeadas por los arroyos:

son como invitados a quienes escancian las acequias...”.

El rico viajero Abd Al-Basid, que vino a la ciudad desde Orán en 1466 nos explica que “hacia la parte del Wadi Hadarro” se encuentran “los huertos y jardines de Granada, que difunden por ambos lados un efluvio suave y agradable”.

Mientras tanto, en la España cristiana, un poeta anónimo solemniza aquella conversación que en las cumbres de Sierra Elvira sostuvieron don Juan II de Castilla y el príncipe Yuçuf Abenalmáo, el futuro Yuçuf IV que, como nos explicará Manuel Alvar, se trata del Abenámbar del Romancero. En aquel hermosísimo poema ya se nos menciona la “huerta que

par no tenía” y que se derramaba por la verde ladera del Generalife hasta el río Dauro. Dos siglos más tarde Agustín Collado del Hierro hará bajar al propio palacio del Generalife para mirarse en las aguas del río. Pero no nos adelantemos.

En cuanto a los escritores judíos que nacieron en Granada o que acudieron a la misma en busca del amparo de algún visir (como hiciera Ibn Gabirol) o del magisterio del sabio Ibn Ezra (como Yehudá –Haleví), no encontramos en sus respectivas obras ninguna referencia concreta a el valle del Dauro, pero los versos que siguen del malagueño Ibn Gabirol, y que posiblemente estén escritos a nuestra ciudad (así lo entiende al menos María Jesús Rubiera), bien pudieran referirse a nuestro “locus amoenus”:

“Dejemos que a la sombra del granado,
de palmas, de manzanos y naranjos,
el sueño nos invada.
Vaguemos a las sombras de las parras
dejándonos vencer por el deseo
de contemplar imágenes radiantes
en un palacio erguido en sus derredores”.

El palacio mencionado, en el que se nos describe, unos versos más adelante, la misma fuente de los Leones, pudiera muy bien ser esa Alhambra anterior a la propia Alhambra de la que antes hablamos.

La toma de la ciudad en 1492 por los reyes Católicos supuso para la misma el inicio de su decadencia, pues de ser capital de un reino pasó en breve a convertirse en covachue-

la de escribanos y coto de nobles ociosos. Sin embargo, el hecho de pasar a manos cristianas le concedió al punto una fama universal que no ha hecho sino acrecentarse con el tiempo. Piénsese que la caída de Constantinopla ante los turcos sólo treinta y nueve años antes fue un golpe demasiado terrible para la Cristiandad y que ahora, en 1492, la conquista o reconquista del último bastión árabe de la Europa occidental tenía trazas de revancha y de cruzada. Al punto vemos desfilar por Granada multitud de sabios y embajadores de todo el mundo, desde Lucio Marineo Sículo hasta Lalaing o Jerónimo Münzer, desde Baltasar de Castiglione o Andrea Navagero hasta Cosme de Médicis en un largo etcétera que no acaba con los románticos. Y absolutamente todos quedan embelesados ante su paisaje de ensueño.

El de Jerónimo Münzer en 1494 nos parece uno de los testimonios más impresionantes, pues constituye una de las primeras visiones de la ciudad ganada. El viajero, después de quedarse admirado ante las dimensiones de algunos cementerios, hiperboliza de este modo: “Corren desde las altísimas montañas, por dos valles, en medio de los cuales está el monte de la Alhambra, dos ríos bastante caudalosos”. Desde ese momento, el Dauro, que en realidad es un río muy modesto, comienza a labrarse una fama literaria que excederá no sólo la del Genil, sino la de otros muchos y mayores y no únicamente de España.

Lucio Marineo Sículo nos habla de que es “el agua del Dauro tan salutífera que el ganado enfermo que de ella bebe queda sano”. En ello incide Luis de Mármol y Carvajal que ya nos cuenta también cómo en él se hallan “granos de oro

fino entre sus arenas”. Estas dos ideas, la bondad de las aguas del río y la de sus riquezas pasarán a convertirse en sendos tópicos. Respecto a la primera, todavía el padre Manuel de la Natividad, aquel visionario que comparó detalladamente a Granada con Jerusalén, nos explica que “a los pies del Sacro-Monte existió una fuente a la que llamaban de la Salud” y que “en ésta lavaban los moros las camisas de los enfermos y poniéndoselas decían que cobraban salud”. En cuanto al tema del oro y de los muchos buscadores de tesoros que debió de haber en este Valle Paraíso, ya sabemos que fueron precisamente unos aventureros de esta laya los que encontraron los primeros Libros Plúmbeos, y Luys de la Cueva en sus “Diálogos de las cosas notables de Granada”, obra de 1603, menciona una alberca con una noria “que estaba ciega de tiempo inmemorial” y que fue descubierta precisamente por los buscadores del preciado metal.

Pero volvamos hacia atrás, a la carta que Andrea Navagero, embajador de Venecia en la corte del César Carlos, escribe a M. Giovambatista Rannusio en mayo de 1526. En la misma, tras describirnos la “vista deliciosa y placentera” del río Darro, a su llegada a la Alhambra, cita la famosa fuente de la Teja que tan larga tradición literaria alcanzará en breve y explica como el Darro viene “entre unos amenísimos collados que forman un valle lleno de frutales exquisitos y espesísimos como un bosque”.

Claro que también son los poetas los que acuden a la llamada de la ciudad famosa. En ese mismo año 1526, cuando se celebran las sobremesas de Carlos con doña Isabel de Portugal, llega Boscán que, gracias a su plática con el emba-

jador de Venecia, pondrá a disposición de nuestras letras los metros italianos. El Renacimiento rompe en Granada y pronto la ciudad se colmará de églogas y sonetos firmados por Hernando de Acuña, por Gregorio Silvestre o por Luis Barahona de Soto... Especial querencia muestra el autor de “Las lágrimas de Angélica” por Valparaíso, al que convierte en escenario de varios de sus poemas como aquella égloga que comienza de esta manera:

“Bien poco espacio arriba de aquel monte
que se dejó cortar por dar corriente
al cristalino Dauro celebrado,
en un lugar do el fuego de Faetonte
en medio de su furia no se siente,
por ser de breñas y arbores cercado,
guardaban su ganado
Cleanto y Felicino...”

O aquella elegía tercera que arranca: “Furioso río que en tu limpia arena...” y que contiene versos como éstos que ya anuncian la “Cornucopia” de su pariente Pedro Soto de Rojas:

“Aquí la guinda, la camuesa y pera
primicias son que consagró el verano
al venerable Dauro en su ribera.”

Uno de los libros más amenos que nos dejó el añorado Emilio Orozco es aquél que dedicara a “Granada en la poesía barroca”. Tomándolo por guía encontramos descripciones de nuestro Valparaíso en la comedia de Lope “El hidalgo

Bencerraje” y en el célebre romance que el joven Góngora escribió a Granada en 1585, con versos que ya apuntan su audacia para la metáfora:

“...Y a ver los cármenes frescos
que al Darro cenefa hacen
de aguas, plantas y edificios
formando un lienzo de Flandes...”

El propio Góngora también dedicó un cincelado soneto al Sacromonte y sus reliquias, a las que asimismo menciona Agustín de Rojas en “El viaje entretenido”, aunque no en la loa a la ciudad de Granada que se incluye en este amenísimo libro.

En la obra antes mencionada, el profesor Orozco nos presenta tres romances, apenas conocidos hasta entonces a causa de no haber sido editados, en los cuales se cantan las grandezas de nuestra ciudad. El primero de ellos lo atribuye a Agustín de Tejada, uno de los autores de ese centón de poesía granadina que se llamó “Poética Silva”. El segundo considera que es obra de Pedro Rodríguez de Ardila. Y el tercero iba incluido en una comedia nunca publicada de Fajardo y Acevedo. A mi juicio, y sin menospreciar los otros, el de Rodríguez Ardila es soberbio. En los tres se nos describe prolijamente nuestro “locus amoenus”, y no me resisto a reproducir aquellos versos de Ardila que dicen:

“En cuyo valle la Aurora
llanto de aljófar esparce,
convirtiendo en paraíso
al que es de lágrimas valle...”

No menos hermosos resultan los que el accitano Mira de Amezcuea puso al frente del libro de Bermúdez de Pedraza “Antigüedad y excelencias de Granada”, obra imprescindible en toda bibliografía sobre nuestra ciudad. Nos presenta Mira, en un soneto, al “Dauro, de flores guarnecido” y posteriormente en unas espléndidas décimas vuelve sobre la “perpetua Primavera” de las riberas del río y compara al Monte Santo con el mismo Calvario

Pero el mismo Bermúdez de Pedraza, ponderando las maravillas del valle hiperboliza afirmando “que fueran bastantes para hacer creer, fue aquí el Paraíso terrenal”. La comparación tuvo éxito pues Bernardo Joseph Ortiz en su rarísimo opúsculo “El honor de Granada defendido”(1728) la toma por real y ofrece un sinfín de argumentos para probarlo.

Otro historiador, Francisco Henríquez de Jorquera, al citar la fuente de la Teja al pie del Sacromonte nos explica con un bello eufemismo que allí, “en festejadas tardes y apacibles y frescas noches, se sacrifica a Venus al suave canto del ruiseñor que la asiste.”

Y no queremos dejar los siglos de Oro sin mencionar a otros dos poetas que también experimentaron la fascinación de este paraje de embeleso: me refiero en primer lugar a Agustín Collado del Hierro que lo ensalza en el canto décimo de su monumental poema “Granada”, y después a Pedro Soto de Rojas que en su “Desengaño de amor en rimas” pide gentilezas a Dauro y sus riberas para con su altiva Fénix (poema 57 en la edición de Gallego Morell). Además de ello, el erudito Vázquez Siruela, uno de los pocos elegidos que

tuvieron acceso a los jardines de Soto, se había formado en el Sacromonte.

Ya avanzado el siglo XVIII, el Sacromonte verá el nacimiento de la amistad entre José Antonio Porcel y el conde de Torrepalma que alentaron aquella famosa academia del Trípode estudiada por Nicolás Marín. Y el Valle Paraíso sigue presente en las publicaciones de los polemistas Echeverría y La Chica, autores de los “Paseos por Granada y sus contornos” y de la “Gacetilla Curiosa” respectivamente. Ambas obras comenzaron a publicarse periódicamente a partir de 1764. En el noveno de sus paseos, por ejemplo, Juan de Echeverría nos refiere lo atinente a la hidráulica con que los árabes subían desde el Dauro el agua hasta el Generalife, y nos cuenta que la corona que la ciudad ofreció a Carlos I en 1526 estaba hecha con “oro sacado de dicho río”.

Pero la visión del valle y sobre todo la del río se transforma conforme llegan a la ciudad los aires neoclásicos. Tengo ante mí el curioso folleto “El consejo de Dauro, Canto Heroyco” firmado en 1796 por el sevillano Joseph María Garci-Pérez de Vargas, poema en el que vemos al río sacando su “plácida cabeza” y aconsejando al autor según el modelo de Horacio en “El vaticinio de Nereo” o el de Fray Luis de León en “La profecía del Tajo”.

En otro raro impreso de sabor neoclásico publicado en 1831 por su autor, el conde de Torre Marín, con el título de “Los contornos de Granada”, en el canto segundo se nos menciona ya la fuente del Avellano con su nombre y después se nos describe prolijamente el paisaje que nos ocupa.

Antes, en el poema “El recuerdo de la patria” escrito en Londres en 1811, Martínez de la Rosa había escrito:

“Padre Darro, manso río
de las arenas doradas,
dígnate oír
los votos del pecho mío,
y en tus márgenes sagradas
logre morir...”

Versos que despertaron el sarcasmo de otro escritor vinculado al Sacromonte, toda vez que estudió en el mismo. Me refiero a Juan Valera que se pregunta por qué Martínez de la Rosa en vez de quejarse, no abandonaba la embajada o la presidencia del Consejo de Ministros para buscar refugio allá, junto a la fuente del Avellano.

Otros sabios de esta época que se educaron en el Sacromonte fueron Aureliano Fernández Guerra, Julián Sanz del Río y Leopoldo Eguílaz Yanguas.

Tampoco olvida las maravillas del valle del Darro José Zorrilla en su largísimo poema “Granada” ni en los alejandrinos de “Primera impresión de Granada”, esa obra suya que ya casi anuncia el Modernismo. Ha llegado el momento del gusto romántico por lo exótico y la fascinación por el pasado árabe de nuestra ciudad. Por la misma pasa Chateaubriand para escribir una mediocre novelita que se tituló “El último abencerraje”, Washington Irving que desde la Alhambra miraba con su catalejo el fluir del río, Edmundo D’Amicis, Teofilo Gautier, Davilliers..., y los pintores e ilus-

tradadores célebres como Doré, Robert, Fortuny..., y los músicos como Glinka..., que no hacen sino acrecentar la fama ya inmensa de Granada. Pero ese gusto por lo exótico de los románticos condicionará la visión que casi todos estos viajeros tienen del valle del Dauro. Más que interesarles ahora la magia de ese paisaje excepcional, reparan en ese pueblo extraño, singularísimo, que desde mucho antes se había asentado en las inmediaciones del Sacromonte. Hablo de los gitanos. Todavía un postromántico como Héctor France iba a sorprenderse ante “esas habitaciones cerradas en la roca del Sacromonte” donde vivían con sus peculiares costumbres.

Y antes de que muera el siglo XIX esa enfermedad que se llama granadinismo prende en dos grupos literarios entre los que median apenas unas décadas: primeramente “La Cuerda”, con Pedro Antonio de Alarcón que no es ajeno a “los salutíferos aires de la Carrera del Dauro” ni a su “esplendorosa luz”. Porque esa es otra: la luz de ese trayecto final de la cuenca de nuestro hermoso río resulta en verdad muy especial y sobre todo en la hora inquietante de los crepúsculos. Decía Lorca que a la luz le costaba mucho trabajo irse de Granada, y esa resistencia dramática ante el negro ejército de las noches puede contemplarse en Valparaíso mejor que en ningún otro lugar de la ciudad.

El segundo grupo al que me refería unas líneas más arriba va a marcar un nuevo momento estelar en la valoración de nuestro “locus amoenus” (el anterior se desarrolló como ya vimos durante los siglos áureos). Hablo, claro está, de la “Cofradía del Avellano”. Así nos explica Nicolás María López en el libro del mismo título (que contiene algunas car-

tas de Ganivet) lo que fue dicha Cofradía: “sencillamente una reunión de amigos... En su estructura exterior se asemejaba a las Academias helénicas. Sentados en semicírculo alrededor de una fuente natural bellísima, bajo un dosel de álamos y avellanos, se departía con serenidad y elevación...”

Todos, cada uno a su modo, los miembros de aquel interesantísimo y lamentablemente apenas estudiado grupo literario granadino, sintieron auténtica fascinación, fervor, por Valparaíso.

Rafael Gago, el “Castejón” de la Cofradía, sitúa allí, en un carmen, su preciosa novela “María” (Madrid, 1881), y esa joya de la bibliografía granadina, esa obra de amistad que fue “El libro de Granada 1899” arranca con los capítulos dedicados al Avellano escritos por Matías Méndez Vellido, Gabriel Ruiz de Almodóvar, Ángel Ganivet y Nicolás María López. El propio Ganivet en su gran novela “Los trabajos del infatigable creador Pío Cid” nos había hablado ya de la Cofradía y de “aquel apartado y silencioso paraje”.

Por esas fechas ha llegado a Granada un joven estudiante que escribe versos y que escandaliza con sus extrañas chilabas las soñolientas aulas universitarias. Nuestra ciudad vive intensamente el nacimiento del Modernismo gracias a la presencia de Villaespesa, pero también merced a Alberto Álvarez de Cienfuegos, a Manuel de Góngora... Valparaíso pierde presencia en los poemas de los nuevos autores que prefieren idealizar el pasado musulmán de los palacios nazaríes que recrearse en la maravilla real de aquel paisaje.

Pero en 1917 el Modernismo ha empezado a agotarse. José María Caparrós da a las prensas sus “Memorias de un colegial del Sacromonte”. Y en ese mismo año, en febrero, es cuando se publica el primer poema de Federico García Lorca, “Fantasía simbólica”, un poema en el que “el río de oro”, el Dauro, gime, canta y habla con la sombra de Ganivet. A partir de aquí arranca la literatura actual de nuestra ciudad. La riqueza y variedad de dicha literatura requiere, aun para un capítulo tan concreto como su vinculación con el Dauro y Valparaíso, otro discurso o un estudio que acaso algún día “altri canterà con miglior plectro”.

Y hemos llegado al final. Y nuestra reflexión última es que acaso hayamos equivocado el título de nuestro opúsculo, al calificar de “locus amoenus” el Valle Paraíso. Nos hemos equivocado porque la definición de “locus amoenus” lleva implícita la idealización. Se trata de uno de esos lugares inventados por los poetas, donde situaban el desarrollo de sus églogas y donde toda la Naturaleza parecía perfecta y en total acuerdo con el hombre. Pero no, no existe aquí tal idealización habida cuenta de que en este caso lo ideal es real, es tangible y hoy, como cualquier día del siglo XV o del XVIII, por un auténtico milagro, aún nos está permitido disfrutar de un paraje de esta laya. Dios y nuestra cordura lo preserven siempre de constructores sin escrúpulos, de autocares turísticos, de cómodas autovías y túneles, y, sobre todo, de la codicia de esos políticos necios para quienes nada importa la Historia ni la Naturaleza ni siquiera lo bello.

Muchas gracias.

FERNANDO DE VILLENA

(Granada, 1956) Es doctor en Filología Española y profesor de Literatura Española.

LIBROS DE POESÍA

- “Pensil de rimas celestes”, Ámbito Literario, Barcelona, 1980.
- “Soledades tercera y cuarta”, Colección “Genil”, Excma. Diputación Provincial de Granada, 1981.
- “En el orbe de un claro desengaño”, Colección “Ánade”, Antonio Ubago, Editor, 1984.
- “El libro de la esfinge”, Publicaciones de la Librería Anticuario “El Guadalhorce”, Málaga, 1985.
- “La tristeza de Orfeo”, Colección “Ánade”, Ediciones Antonio Ubago, Granada, 1986.
- “Acuarelas”, Colección “Doralice”, Ediciones Antonio Ubago, Granada, 1987.
- “Los retales del infierno”, Publicaciones de la Librería Anticuario “El Guadalhorce”, Málaga, 1988.
- “Vos o la muerte”, Colección “Ánade”, Ediciones Antonio Ubago, Granada, 1991.
- “Poema de las estaciones”, Colección “Galatea”, Excma. Diputación Provincial de Córdoba, 1992.
- “Poesía (1980-1990)”, Colección “Ánade”, Ediciones Antonio Ubago, Granada, 1993.
- “Año cristiano”, Colección “Campo de Plata”, Ediciones Antonio Ubago, Granada, 1995.
- “Personajes con alma”, Ateneo de Málaga, 1995.
- “Égloga de primavera”, en el volumen “Églogas de Tiena”, Colección “Ánade”, Ediciones Antonio Ubago, Granada, 1996.

- “Libro de música”, Colección “mar de fondo”, Ediciones “Corona del Sur”, Málaga, 1996.
- “El fin de la tarde”, Colección “Dressel”, Málaga, 1997.
- “El Mediterráneo (Libro I)”, Colección “Ibn Gabirol” (Premio “Ibn Gabirol”), Centro Cultural de la Generación del 27, Excma. Diputación de Málaga, 1998.
- “Belén de terracota”, Colección “Los cuadernos de Sandua”, Cajasur, Córdoba, 1999.
- “El Mediterráneo (Libros II, III y IV), Colección “Ex-Libris”, Editorial “Dauro”, Granada, 2003.
- “Poesía (1990-2000)”, Colección “Troppo Mare”, Editorial “Dauro”, Granada, 2004
- “La cripta de la resurrección”, Cuadernos Literarios de Salobreña, 2005.

NARRATIVA

- “El desvelo de Ícaro”, Ediciones Antonio Ubago, Granada, 1988.
- “Relox de peregrinos” (Premio “Ciudad de Jaén”), Publicaciones de la Caja General de Ahorros de Granada, 1988./ 2ª Edición (Definitiva) Excma. Diputación Provincial de Málaga, 1995.
- “Atlántida interior”, Ediciones Antonio Ubago, Granada, 1990.
- “Nieve al olvido”, Colección “Batarro Narrativa”, Ediciones “Corona del Sur”, Málaga, 1993.
- “Por los barrios de Granada”, Editorial “Arguval”, Málaga, 1994.
- “La casa del indiano”, Ediciones “Port Royal”, Granada, 1996. / 2ª Edición 1998.

- “La primavera de los difuntos”, Colección “Túbal”, Ediciones “Aljibe”, Archidona, 1998.
- “El fantasma de la Academia”, Ediciones “Port Royal”, Granada, 1999.
- “El hombre que delató a Lorca” Ediciones “Port Royal”, Granada, 2002.
- “Sueño y destino”, Colección “Crisálida”, Editorial “Alhulia”, Salobreña, 2002.
- “Las mariposas negras”, Ediciones “Aljibe”, Archidona, 2003.
- “Una vida del siglo XX”, Colección “Narrativa Ideal”, Ediciones “Dauro”, Granada, 2003.

OBRAS DE CRÍTICA LITERARIA

- “Algunas consideraciones sobre el teatro de Calderón y sobre la ciudad de Ceuta a propósito de “El príncipe constante” (Separata), Publicaciones de la Escuela Universitaria de Magisterio de Ceuta, Universidad de Granada, diciembre, 1983.
- “El primer culto de España: Don Luis Carrillo de Sotomayor”, Antonio Ubago, Editor, Granada, 1984.
- “Antología lírica. Luis Barahona de Soto”, Prólogo y selección a cargo de Fernando de Villena, Ilustre Ayuntamiento de Archidona, 1991.
- “La poesía que llega. Jóvenes poetas españoles”, Huerga & Fierro editores, Madrid, 1998.
- “En la misma ciudad, en el mismo río. Poetas granadinos de los 70”, Port Royal Ediciones, Granada, 1999.
- “Visión del siglo XVII” (Separata), Nº 9 de “Angélica, Revista de Literatura”, Lucena, 1999.

CONTESTACIÓN
DEL
ILMO. SR. DON ENRIQUE MARTÍN PARDO

Excmo. Señor Presidente,
Excmos. e Ilmos. Sres. Académicos,
Señoras, Señores:

SI tuviera que elegir un título que reflejara fielmente el sentido de estas palabras de bienvenida a Fernando de Villena como académico de número de la Academia de Buenas Letras de Granada, no dudaría en resaltar: “*Fernando de Villena o la pasión por escribir*”; y es que todos los que seguimos la evolución de su obra literaria sabemos que estamos ante un caso típico de escritor nato, de intelectual verdadero, conocedor de la mejor literatura universal y sobre todo la del Barroco español del que es un notable especialista. En la vida de Fernando de Villena la cultura en todas sus manifestaciones y la literatura de un modo muy relevante están presentes las veinticuatro horas del día y envuelven su figura con ese alo que irradian los verdaderos creadores y muy especialmente los poetas, pues como afirma José Lupiáñez en el prólogo a *Poesía (1980-1990)*: “Es muy difícil deslindar vida y Literatura en Fernando de Villena”.

Lo primero que nos llama la atención a todos sus lectores es que desde sus inicios como escritor y, a pesar de su juventud, fuera ya entonces un espíritu tan libre e independiente, que no se doblegaba a los dictados de la cultura oficial, demostrara tanta maestría en su obra y dominara en el arte de la versificación todos los metros clásicos. “Sorprende en él –nos dice Antonio Enrique– la facilidad para la ejecución de la rima, como si los versos los tuviera todos agolpados en la yema de

los dedos, y no tuvieran que dimanar de ningún otro plexo o miembro, pues así son de ligeros, fluidos y preciosistas”.

La obra de Fernando de Villena se ha ido enriqueciendo con el paso de los años con nuevos títulos y abarca casi todos los géneros literarios: Poesías, novelas, relatos, antologías, crítica literaria, etcétera. De todas estas obras han dejado constancia en ensayos, artículos de prensa y revistas especializadas críticos tan prestigiosos como los anteriormente citados que han estudiado pormenorizadamente su obra y nos han ido descubriendo las claves de su mundo literario.

Sin embargo, no piense nadie que nuestro escritor vive encastillado en su torre de marfil literaria, ajeno o de espaldas a los problemas de su tiempo; como hemos oído en su discurso de ingreso, es un hombre de hoy, preocupado por lo que acontece a nuestra sociedad, aunque en algunas de sus deliciosas novelas nos transporte a siglos pasados, como sucede en *Relox de peregrinos*, premio “Ciudad de Jaén” 1987, en la que por cierto recrea con gran maestría el rico leguaje de los siglos áureos, o *Sueño y destino*, donde desarrolla una trama tan original que seduce al lector desde las primeras páginas, por citar sólo un par de títulos; pero es también, como él mismo nos dice en el prólogo de su libro *Por los barrios de Granada*, “la historia de un hombre enamorado de una ciudad”; ciudad que lo vio nacer, donde vive, escribe, ama y colabora, en el más absoluto de los anonimatos, en proyectos altruistas y solidarios con los inmigrantes que huyen de la pobreza y la marginación de sus países, en busca de un trabajo que les dé estabilidad a su dignidad de seres humanos.

Desde la atalaya de su querido barrio del Realejo observa con gran preocupación cómo muchos de los lugares y entor-

nos más idílicos de su infancia y adolescencia están desapareciendo por los intereses económicos de la especulación urbanística. Me recuerda Fernando al poeta checo Jaroslav Seifert cuando en su libro de memorias *Toda la belleza del mundo* nos cuenta la decepción tan grande que se llevó al ver que lo que había sido uno de los lugares paradisíacos de su infancia en su barrio de Zizkov en Praga, estaba ahora ocupado por edificios de viviendas, rodeados por su tristeza. Es también la tristeza de nuestro académico la que da la voz de alarma y ha denunciado desde esta tribuna lo que ya va siendo una práctica demasiado habitual en nuestra ciudad.

Aunque he esbozado muy someramente los aspectos literarios y de conciencia cívica de Fernando de Villena, –las limitaciones normativas de este discurso no me permiten mayor extensión– no quiero dejar pasar la oportunidad de comentar brevemente otros que configuran su personalidad más humana. Pedro José Vizoso en el prólogo al libro *Poesía (1990-2000)* dibuja un retrato espontáneo, pero certero, acerca de la impresión que le causó el día que lo vio por primera vez. Nos dice que “emanaba poesía, generosidad y amistad por los cuatro costados y a todos se aproximaba como precedido por la nobleza de su espíritu”. Y no se equivocaba en sus apreciaciones quien, pasados los años, se convertiría en uno de los más importantes estudiosos de su obra. Es tan grande su generosidad que cuando un amigo publica un libro, el primer artículo en el que expresa su admiración y gozo es siempre el suyo. Si algún joven poeta se le acerca a pedirle consejo, lo acoge siempre con gran respeto y afabilidad, tratándolo desde el primer momento de igual a igual y animándolo a seguir adelante, pero sin engañarlo tampoco, pues le deja bien claro que ha llegado a un mundo donde las posibilidades de publicar son muy escasas y las zancadillas están al cabo de la

calle. Creador infatigable de tertulias literarias, reúne todos los miércoles alrededor de su persona y sin que él pretenda ningún protagonismo, a un grupo de amigos, escritores, editores, librerros, pintores o simplemente amantes de la literatura. Es también el valedor de nuestra memoria, últimamente muy dada a las escapadas nocturnas y cada vez más reacia a volver junto a sus cuidadoras, las ya muy cansadas neuronas, pues sucede con demasiada frecuencia que a altas horas de la madrugada, cuando se adormece en un feliz letargo y ni siquiera uno de los magos más importantes de España, contertulio habitual nuestro, consigue despertarla y devolvérsola, acudimos entonces a Fernando que sin vacilar nos da con toda precisión los datos que le hemos solicitado, generalmente relacionados con el nombre de un autor o el título de un libro; pero no solamente nos los proporciona al momento y sin vacilar, sino que además, nos los enriquece con un resumen del argumento de la obra, la bibliografía más importante de su creador y nos anima con frases apasionadas a leerla cuanto antes.

No quiero dejar pasar esta ocasión sin recomendar a todos aquellos que todavía no hayan tenido la oportunidad de hacerlo que lean sus libros, que se deleiten con la belleza de sus poemas, que le acompañen como unos protagonistas más en las sorprendentes aventuras de sus novelas y relatos y, en definitiva, que no pierdan la oportunidad de recrearse con un lenguaje rico y preciso y el mundo tan original que nos describe en sus obras.

Por todo ello, es para mí un gran honor darle en nombre de sus lectores, amigos y muy especialmente en el de los compañeros de esta Corporación la bienvenida a Fernando de Villena como académico de número de la Academia de Buenas Letras de Granada. Nada más, muchas gracias por su atención.

Este discurso, editado por la
Academia de Buenas Letras de Granada,
se acabó de imprimir en Granada,
el 30 de octubre del año 2005,
XCV aniversario del nacimiento
del poeta Miguel Hernández,
en los Talleres de La Gráfica S.C. And.,
estando al cuidado de la edición
el Ilmo. Sr. D. Pedro Enríquez,
Bibliotecario de la Academia.

Granada,
MMV